

ASPECTOS SOCIOCULTURALES DE LA DESIGUALDAD Y LA EQUIDAD

LA CULTURA DEL DESEMPLEO

JOSE RAMON TORREGROSA PERIS

Percepciones colectivas sobre el problema del paro

Desde hace ya unos años ha comenzado a extenderse una sensibilización hacia los problemas del paro en las sociedades industriales como quizás no se conocía desde la crisis del 29 y sus ulteriores repercusiones. La crisis de los años 70, con el consiguiente aumento de las tasas de desempleo, ha vuelto a centrar la atención de expertos, gobiernos y opinión pública, sobre las muy variadas y complejas ramificaciones del problema.

En el caso concreto de España, la sensibilización colectiva hacia la seriedad del problema ha ido progresivamente en aumento desde los últimos años de la década del 70 hasta la actualidad, a medida que iban 'in crescendo' las magnitudes objetivas del fenómeno, y, aumentaba, por tanto, la posibilidad de verse afectado por el mismo. Según datos de la encuesta de Coyuntura Económica y Bienestar (FIES) (1) realizada en mayo de 1981, el paro aparecía ya como el principal problema económico para los españoles, tanto desde el punto de vista personal

(1) Véase, García López, J. y Alvira Martín, F.: "Los españoles y el paro" *Papeles de Economía*, núm. 8, 1981, págs. 67-85.

como desde la problemática percibida en el país. En octubre del 82, los partidos políticos mostraron ser conscientes de esta centralidad del problema para la opinión pública y lo convirtieron en eje principal de sus campañas electorales, especialmente los partidos de izquierda. Y no cabe duda de que buena parte de la confianza depositada en el PSOE se funda en las expectativas positivas que este partido supo despertar para enfrentarse con el problema del paro. Es el famoso objetivo de la creación de los 800.000 nuevos puestos de trabajo. Si tenemos en cuenta estos procesos, y los múltiples espacios que los medios de comunicación han dedicado al tema y sobre todo, que la tasa de paro ha seguido incrementándose desde entonces, puede afirmarse sin duda que, en la mentalidad colectiva, el problema sigue siendo de los más importantes, sino el que más. Esta afirmación queda corroborada también por una encuesta publicada hace unos días por el periódico "El País" (2) en la que nada menos que el 87% de la muestra contestaba que el paro era su mayor preocupación tanto respecto de sí mismo como de la nación. La muestra española, seguida de la alemana (82%) y la de Holanda (74%) indicaba el mayor grado de sensibilización hacia el problema del paro. Por otra parte, las grandes movilizaciones recientes en Vigo, Gijón o Sagunto han tenido como motivo central los problemas del desempleo, real o potencial.

Ante esta constatación preocupada del problema ¿cuál es la percepción de sus causas? ¿Existen pautas definidas de atribución causal? Obviamente una respuesta precisa a estas preguntas exigiría datos más amplios que permitiesen contextualizar debidamente la significación de una determinada percepción de causalidad. Las explicaciones ordinarias de fenómenos sociales como el paro suelen estar vinculadas a las ideologías, a la estructura motivacional y a la complejidad cognoscitiva de las personas. Sólo en referencia a estas dimensiones mínimas cobran cierto sentido los aspectos más o menos estereotipados que proporcionan los datos agregados de encuesta. Con estas cualificaciones *in mente* puede observarse en varios estudios que la causa

(2) "El País", 16 de mayo de 1983, págs. 3-5.

y responsabilidad del paro (3) suele atribuirse con mayor frecuencia a las instancias decisorias de la sociedad, políticas o económicas, que a mecanismos o procesos formulados en términos abstractos o despersonalizados. Así, y dependiendo de las formulaciones concretas utilizadas en los cuestionarios, aparecerán como causas más frecuentemente citadas "una mala administración del Gobierno", "el Estado", "los que mandan", "los empresarios", etc. La referencia a "la crisis económica" les sigue en orden de importancia en las muestras generales siendo su mención más frecuente entre los entrevistados de mayor nivel educativo y posición social. En una muestra de estudiantes universitarios de último curso de carrera a quienes se preguntó por las posibles causas del paro de titulados superiores, la respuesta más frecuente (57%) con mucha diferencia respecto a la siguiente ("mala gestión del gobierno", 14%) fue la "crisis económica general". En términos generales, no obstante, se produce una vinculación de la causalidad y responsabilidad del problema a las instancias de poder político-económico. La posibilidad de generalización de esas pautas de atribución causal al sistema democrático mismo es uno de los riesgos latentes más graves. De hecho, en una de las encuestas realizadas en 1981 (4) un 14% de los entrevistados percibía ya como una de las causas del paro "el sistema democrático actual". En otra encuesta realizada el mismo año, de la que nos informan García López y Alvira Martín (5) nada menos que el 73% de la muestra consideraba que el funcionamiento de la democracia era *poco o nada satisfactorio*, proporción que se elevaba al 78% entre los cabezas de familia entrevistados en paro.

En este contexto cabe mencionar igualmente las respuesta de otra muestra nacional (N = 2394) a la siguiente pregunta: "De estas cuatro cosas ¿Cuál le parece a Vd. la más importante?" las alternativas de respuesta eran:

(3) Departamento de Investigaciones Sociales de la Fundación FIES: "Actitudes de la población española ante el empleo y el paro". *Papeles de Economía*, núm. 8, págs. 322-344.

(4) Unión General de Trabajadores, *Estudio sobre los efectos psico-sociales del paro*. Análisis cuantitativo. Madrid. 1983, págs. 3-10.

(5) García López y Alvira Martín, *Ibid.*

- Que todos vivamos mejor, pero con *seguridad, orden y paz* (59%)
- Que no haya desigualdades económicas y sociales (15%)
- Que haya libertad para todos (9%)
- Que todos podamos participar en decidir las cosas que nos afectan (11%)
- N.S./N.C. (6%)

En estas respuestas destaca esa decantación tan abrumadoramente mayoritaria por *el valor de la seguridad*, frente a la libertad, igualdad o participación, que, en el mejor de los casos, "que no haya desigualdades económicas y sociales", sólo obtiene la cuarta parte de las respuestas del valor *seguridad*, es decir, un 15% de la muestra. Sólo un 9% considera que lo más importante es que haya libertad para todos.

Desde mi punto de vista estas respuestas son congruentes con la preocupación e inquietud generalizadas ante el fenómeno del paro. Se trata de una reacción comprensiblemente defensiva.

Es decir, una respuesta en que las necesidades de seguridad y supervivencia tienden a primar sobre otras menos adaptativas a corto plazo.

Obviamente no cabe inferir de estas respuestas que a los españoles no les importa la libertad, la igualdad o la participación. Su *comportamiento* colectivo, en varios planos, viene reiteradamente mostrando lo contrario. Lo que acontece es que, probablemente algunos de estos valores se dan ya por supuestos, mientras que las incertidumbres derivadas de una omnipresente crisis económica siguen sin resolverse. De ahí que sobresalga la preocupación por la seguridad. Es la otra cara de la preocupación por el paro.

Ahora bien, si esta configuración motivacional colectiva no puede, a mi juicio, interpretarse como un "desentendimiento" de la libertad, de la igualdad, o de la participación, cabe preguntarse qué ocurriría en caso de prolongarse las condiciones estructurales en que parece sustentarse. La respuesta parece clara: La legitimación democrática podría verse seriamente cuestionada por amplios sectores de la población.

Uno de esos sectores en que el problema puede estar teniendo consecuencias más negativas es, obviamente, en la juventud.

La sensibilización colectiva ante el desempleo ha ido extendiéndose a edades cada vez más tempranas. Las dificultades esperadas de inserción ocupacional no sólo caracterizan ya a los graduados (7), estudiantes de últimos cursos de Facultades, o estudiantes universitarios de cursos intermedios sino a los estudiantes de enseñanzas medias, y a los jóvenes en general. El *Informe sobre la juventud de 1982* (8) así lo pone de manifiesto, así como otros estudios sobre la juventud universitaria (9). Esta especie de *socialización anticipada* para enfrentarse con las dificultades de encontrar trabajo, y también su ulterior confirmación en los sucesivos intentos para encontrarlo, está sin duda sometiendo a la juventud a una serie de contradicciones que tenderán a relativizar el papel integrador de algunos valores tradicionales, como la ética del trabajo, y el papel que éste desempeña en la formación de una identidad personal.

Desde estos supuestos experienciales, la confrontación con la cultura convencional puede resultar, si bien menos estridente, más radical que la de los movimientos juveniles del final de los años 60. Entonces las críticas se fundaban en una resistencia a la integración en una avasalladora *racionalidad instrumental*, alienante y despersonalizadora, que convertía el proceso y el sistema educativo en meros eslabones del sistema productivo. Hoy, por el contrario, las actividades 'contraculturales', más o menos explícitas y/o coherentemente expresadas, se basan en la constatación de que en dicho sistema productivo apenas cabe ya nadie más, y de que, por tanto, cualquier esfuerzo esperanzado en el aprendizaje carece de sentido.

La percepción y el temor ante el fenómeno del paro son, pues, aspectos que han calado hondo en la conciencia colectiva. De ahí que, en rigor, pueda hablarse de una cultura del desempleo. De una constelación de experiencias personales que se ini-

(6) Estudio del Centro de Investigaciones Sociológicas, dirigido por el Prof. Beltrán Villalba.

(7) Subirats, M.: *El empleo de los licenciados*, Fontanela, Barcelona, 1981.

(8) Toharia Cortés, J. J. y García Ferrando, M.: *Encuesta de la Juventud 1982*. Ministerio de Cultura, Dirección General de la Juventud y Promoción Sociocultural.

(9) Memoria de Licenciatura de Javier Domínguez Fernández, Departamento de Psicología Social, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid.

cian con las inciertas e inseguras expectativas de inserción ocupacional y que culminan en esas formas de adaptación resignada, de impotencia o desvalimiento aprendidos ante acontecimientos que afectan centralmente a la persona, y sobre los que sin embargo no puede formular una interpretación que le permita actuar eficazmente sobre ellos. Es la constelación de experiencia que en momentos de relativa prosperidad económica queda circunscrita a las capas marginadas pero que en momentos de depresión emerge como un espejo amenazante para sectores más amplios de la sociedad. Lo que era un ingrediente cuasi-exclusivo de la cultura de la clase trabajadora se ha extendido a otros sectores sociales. El “paro obrero” se ha convertido lisa y llanamente en paro.

Algunos aspectos histórico comparativos

Pero es, precisamente, la magnitud del problema y la mayor conciencia social del mismo, así como los mecanismos institucionales diseñados como correctivos de sus negativas consecuencias, lo que ha llevado a ciertos autores, tanto en Economía como en Psicología, a minimizar la gravedad de estas consecuencias. Así, un historiador del pensamiento y de la realidad económica como Garraty, en un reciente libro, por otra parte excelente, sobre *El desempleo en la historia*, afirma: “...La internalización de lo que pudiera llamarse el sistema de valores Keynesiano ha alterado la psicología del desempleo. Si para enfriar una economía “recalentada” un gobierno lleva deliberadamente al paro a sus trabajadores... los que pierden su trabajo es imposible que se sientan personalmente inadecuados, o las desafortunadas víctimas de un destino inescrutable. E incluso cuando el Estado no está frenando la Economía, el estar en paro no puede parecer, lógicamente, que es falta de los propios desempleados, porque mantener el pleno empleo es (por las mismas declaraciones oficiales) responsabilidad del Estado... Por lo tanto, la tendencia irracional de los parados de los años 30 de culparse a sí mismos de su desafortunada situación... está desapareciendo

entre los parados de los años 70” (10). Y más adelante agrega: “Si el estar parado no es ciertamente ninguna broma, parece claro que el malestar sentido y esperado por las personas que actualmente son despedidos de su trabajo se deriva más de un cierto miedo a algún que otro sacrificio en el nivel de vida que de cualquier *imaginado estigma* asociado con el hecho de ser dependiente del seguro de desempleo” (11).

A primera vista, el argumento de Garraty parece ‘razonable’ en la medida en que es aceptado un supuesto que le subyace: el de que un puesto de trabajo es reductible a sus meros términos económicos, y que si éstos son garantizados al trabajador despedido éste no tiene entonces de qué preocuparse. Pero independientemente de las incertidumbres estrictamente económicas que aún el más perfecto sistema de seguro de desempleo siempre producirá, este supuesto desconoce las funciones psicológicas que puede desempeñar y que tradicionalmente ha venido desempeñando un puesto de trabajo. De ahí que la apreciación de Garraty sobre el diferente impacto psicológico que el desempleo produjo en los años 30 y el que está produciendo en la actualidad. (Evidentemente, sería interesante proseguir las implicaciones ideológicas de su argumento, aunque no es este mi propósito ahora).

Desde una posición más matizada y en un ejercicio de simulación de futurología psicológica, Kelvin expande el argumento de Garraty, proporcionándole una cierta plausibilidad psicológica. Según Kelvin, atravesamos (se refiere al mundo sajón en particular y al capitalista en general) un período de transición en nuestras concepciones éticas sobre el trabajo. Esta transición implica, sobre todo, una relativización de los estándares de la ética protestante del trabajo. Esta... “no puede subsistir en medio del desempleo estructural, o de un sub-empleo generalizado, porque éstos no afectan meramente a una determinada industria, sino a la estructura misma de la sociedad. El trabajo y la ociosidad sólo son moralmente significativos cuando el individuo puede elegir entre ellos... Cuando el desempleo es estructu-

(10) GARRATY, J. A.: *Unemployment in History*. Hasper. Nueva York, 1978, págs. 251-252.

(11) Garraty,; Ibid, pág. 252.

ral y generalizado, se pierde el elemento esencial de la posibilidad de decisión en que se funda la moralidad" (12). El resultado de este cambio será, según Kelvin, la aceptación del paro como una condición fundamentalmente normal, más bien que desviada. Por ello, "será cada vez más difícil, moral y políticamente, ser 'duros' con los parados. Su número será demasiado grande, así como la variedad de sus ocupaciones y su procedencia. Serán demasiado representativos de la población normal para que sean tratados como desviados, y, por la misma razón, tampoco se considerarán ellos mismos como desviados" (13).

Desde este punto de vista sería lógico pensar que las personas desempleadas tienden a atribuir la causalidad de su situación al propio sistema, a la sociedad, en vez de culparse a sí mismos. Con lo cual, uno de los posibles efectos psicológicos más negativos se habría desvanecido.

Existen, desde luego, indicios que permiten mirar proyectivamente como lo hace Kelvin e, incluso, desde el academicismo habitual, resultaría necesario seguir su ejemplo de intentar indagar el tipo de adaptaciones psicosociales futuras, a la vista de los desarrollos estructurales de la sociedad. Pero en lo que se refiere específicamente a las consecuencias psicosociales del desempleo es posible formular, por lo menos, dos objeciones teóricas a su planteamiento.

La primera, en un nivel de análisis psicológico, se refiere a la excesiva importancia que adscribe a la atribución causal que de su situación puede hacer la persona en paro, como variable explicativa de las posibles consecuencias negativas de la situación. Que la persona atribuya la causalidad de su situación a algo que sea independiente de su propio control —y por tanto de su responsabilidad—, como por ejemplo, la mala gestión de la empresa, la crisis económica, o el gobierno, no es, en principio, una razón suficiente para que su objetiva separación o pérdida del trabajo, excluya otras posibles consecuencias psicológicas negativas, además de la autoculpabilización; ni tampoco de que, aún

hechas las correctas atribuciones causales, la persona tenga la posibilidad, subjetiva y objetivamente, de orientar su acción ateniéndose a las mismas. Por otra parte, la atribución de causalidad y de responsabilidad es un proceso primordialmente cognitivo. Pero, como es obvio, las relaciones del hombre con la realidad no son sólo cognitivas, sino también motivaciones y afectivas. Sólo un cambio radical en la estructura de necesidades y en el modo de satisfacerlas permitiría pensar en la ausencia de afectos negativos ante la pérdida del trabajo. Esto conecta, coherentemente, con la segunda objeción, que me parece todavía más básica. Si, como dice Kelvin, caminamos hacia una sociedad en que la tecnología hará innecesario el trabajo humano tal y como hoy lo concebimos, así como las desigualdades que conlleva, carece de sentido simplemente, en tal tipo de sociedad, plantearse el problema de las consecuencias negativas de la pérdida del empleo, o, por lo menos, en los términos en que dicho problema se plantea en las sociedades actuales.

Hechas estas observaciones sobre dos enfoques cuyo denominador común es el intento de encontrar posibles diferencias significativas entre lo que supuso, psicológicamente, la experiencia del paro en los años 30 y lo que supone en la actualidad, conviene subrayar de entrada que, a mi juicio, las analogías parecen mucho más significativas que las diferencias.

Varias líneas de argumentación apoyarían esa conclusión. En primer lugar, que a pesar de las grandes transformaciones macro-sociales y técnicas que se han producido en las sociedades industriales (y no industriales) desde los años 30, las características fundamentales de las relaciones de trabajo siguen siendo las mismas: dependencia, subordinación, alimentación, etc. Aunque en importantes aspectos de las condiciones de trabajo se han producido progresos innegables, las características definitorias de la relación persisten. Por tanto, sería lógico esperar que la experiencia subjetiva que la acompaña —incluida la de la pérdida potencial o real del trabajo— se manifiesta en términos análogos. Marie Jahoda, una de las pioneras en el estudio del desempleo, ha señalado las funciones psicológicas que, además de la seguridad económica, desempeña el tener un trabajo. "La primera se deriva del hecho de que el empleo impone una estructura temporal a la actividad del individuo; en segundo lugar, el empleo

(12) Kelvin, P.: "Social Psychology 2001: The Social Psychological Bases and Implications of Structural Unemployment". En Gilmor, R. y Durck, S. (eds.): *The Development of Social Psychology*. Academic Press. Londres, 1980, pág. 297.

(13) Kelvin, Ib. págs. 306-307.

implica experiencias y contactos compartidos regulamente con personas fuera del contexto de la familia nuclear; en tercer lugar, el empleo vincula a la persona a metas y objetivos que trascienden los suyos propios; en cuarto lugar, el empleo define aspectos del status y de la identidad personal; y, por último, el empleo supone una forma obligada de actividad” (14). Estas funciones parecen ser tan relevantes para los años 30 como para la actualidad. Por tanto, si el trabajo, o lo lógico es que su pérdida conlleve consecuencias psicológicas similares, a pesar de las mejoras económicas que los sistemas de seguridad social han introducido desde entonces, y que sin duda han evitado los efectos más dramáticos de estricta necesidad material.

Otra línea de consideraciones, menos especulativa, que avala la gran similitud en las experiencias vividas como consecuencia del desempleo en la gran depresión de los años 30 y ahora medio siglo después, es la comparación de los estudios realizados entonces y los que, sobre todo, a partir de 1975, han comenzado a aparecer sobre las consecuencias psicológicas de la actual crisis económica.

Schlozman y Verba, por ejemplo, realizan tal comparación por lo que respecta al contexto americano. Después de reconocer que, indudablemente, se han producido cambios en la composición de la cifra global de parados, tales como el aumento relativo de la proporción de parados voluntarios, disminución relativa de la cifra de parados que son cabeza de familia, y extensión sin precedentes de la cobertura del seguro de desempleo, concluyen: “Sucede que quienes sostienen que ciertos cambios operados desde los años 30 anularían las consecuencias psicológicas del desempleo sacan una conclusión errónea desde la observación de los cambios que señalan correctamente... A pesar de esos cambios, el desempleo hiere...” (15).

Por su parte, Colin Fraser, utilizando sobre todo evidencia de estudios recientes realizados en Inglaterra, concluye: “Puede que existan indicios de una menor severidad de los efectos... pero los fenómenos que aparecen son de la misma índole, y no distintos. Sería difícil negar que las estrecheces económicas y materiales del desempleo no han sido algo aliviadas desde los

años 30, pero quisiera defender el punto de vista de que la significación psicológica y social del desempleo para los propios desempleados son las mismas que fueron en el pasado” (16). La evidencia disponible en nuestro propio contexto apunta en la misma dirección. (16 bis).

Lo que llevamos dicho permite situar el problema de las consecuencias del paro en un contexto histórico más amplio, al mismo tiempo que sitúa en su justa medida los intentos de minimización de sus repercusiones. Intentos que generalmente proceden de orientaciones ideológicas resistentes a aceptar las últimas consecuencias de lo que el paro significa, insertándolo en ese acontecer supuestamente cuasi-natural e inevitable de la economía, o adscribiendo más o menos explícitamente la responsabilidad del mismo a la condición moral y psicológica de los propios parados.

La experiencia personal del paro

Pero ¿cuáles son esas consecuencias psicosociales a que nos venimos refiriendo? Una primera respuesta genérica, y un tanto tautológica, es la de que disminuye en todos los órdenes, el bienestar de los implicados y el de sus familias. Multitud de estudios en distintos contextos corroboran lo que cabría esperar por sentido común. Pero si recordamos el tipo de funciones que cumple el desempeño de un trabajo remunerado, se puede ser más específico en la descripción de las consecuencias de su pérdida.

En primer lugar, *las consecuencias económicas*. Es obvio que, a pesar del seguro de desempleo, la pérdida del trabajo supone, en general, un inmediato descenso de los ingresos habituales y la incertidumbre respecto del futuro. Muy probablemente, conllevará una reducción del consumo e incluso, un cambio radical en el estilo de vida. Los extremos a que puede llegar son bien patentes en nuestro país en las zonas de paro agrícola y en las bolsas de pobreza manifiesta en las grandes ciudades. Resulta

(14) Jahoda, M.: “The Impact of Unemployment in the 1930 s and the 1970 s.” *Bulletin of the British Psychological Society*. Vol. 32, 1979, págs. 309-314.

(15) Schlozman, K. L. y Verba, A. S.: *Injury to Insult*. Harvard University Press. Cambridge Mass. 1979, págs. 81-82.

(16) Fraser, C.: “The Social Psychology of Unemployment” en Jeeves, M. (Ed.): *Psychology Survey*, núm. 3. Allen and Unwin. Londres, 1980, pág. 180.

(16 bis) U.G.T.; *ibid.*: Torregrosa, J. R. “De Psicología Social y Política: la experiencia del paro”, en *Anales de Moral Social y Económica*, Madrid, 1980; otros estudios en curso.

difícil sobrevalorar las consecuencias en este plano, incluso para la salud.

En segundo lugar, si el trabajo proporciona una estructura temporal que organiza la actividad de la persona, dándole una sensación de continuidad y sentido a su propia existencia, su pérdida supone la quiebra de ese marco habitual de referencia y organización de la propia actividad. La posibilidad de ejercitamiento de las habilidades y conocimientos propios queda también restringida y, con ello, una posible fuente de satisfacción personal. La pérdida del sentido del tiempo es una constante en la literatura sobre los parados.

En tercer lugar, el contexto interpersonal y comunicativo del trabajo, casi siempre tan importante para hacerlo llevadero y tolerable, desaparece igualmente con la pérdida del empleo. Uno de los anclajes socio-psicológicos más importantes para la persona, tanto cognitiva como afectivamente, queda así en el aire. Durante un cierto tiempo es posible que mantenga todavía relaciones con los amigos del trabajo; pero con el tiempo tenderán a diluirse. *Sus problemas ya no son los de sus viejos compañeros de trabajo*. Su dependencia de las relaciones interpersonales intra-familiares serán ahora mayores, y muy probablemente la intensidad emocional de las mismas también. Las tensiones familiares aparecen con gran frecuencia en los estudios aunque en ocasiones permite poner a prueba una solidaridad y apoyo hasta entonces no expresada.

Esta restricción del horizonte interpersonal disminuye los canales efectivos de comunicación e información sobre posibles nuevos trabajos, y es probablemente uno de los aspectos psico-sociológicos en que los parados deberían recibir mayor ayuda.

Este retraimiento interpersonal afecta a casi todas sus relaciones, incluidas las sindicales y políticas.

Por último, y como se desprende lógicamente de lo que venimos diciendo, el trabajo constituye un elemento clave por el que se es identificado, y con el que, en mayor o menor grado, uno se identifica. Es decir, que constituye un componente central del status social y de la identidad personal. Pues bien, la pérdida del trabajo significa, sin duda, una seria amenaza para el mantenimiento de esa sub-identidad ocupacional. Es cierto que una persona puede mantener una identidad profesional independientemente del puesto de trabajo a través del que la ejerce. Pero la exclusión forzosa de su ejercicio aparte de privarle de la posibilidad de seguir identificándose con todo un conjunto de condiciones que rodean su concreto desempeño, le priva de esa

confirmación cotidiana que constituye la prueba más palpable de su identidad.

De muchos de los elementos aislados que componen el cuadro que tan rápidamente acabamos de dibujar, y mucho más cuando sus efectos se acumulan, como es usual en el caso del paro, se deriva una de las consecuencias más ampliamente constatadas en la literatura: la duda sobre sí mismo, la pérdida de la autoestima, la aceptación íntima de la propia inferioridad. Si la situación de desempleo se prolonga, y los intentos de buscar trabajo resultan reiteradamente infructuosos, esa será la consecuencia psicológica más probable. Con ello la lógica económica encontrará su fiel correlato en la lógica de la psicología, la 'depresión económica' en la 'depresión psíquica'.

Algunos estudios recientes parecen no corroborar esa idea (17); pero la mayor parte de la evidencia apunta claramente en la dirección indicada.

Una manera de conceptualizar los efectos psicológicos del paro es contemplar las observaciones anteriores en una secuencia temporal, como un conjunto de respuestas y experiencias probables que la persona que pierde su trabajo tenderá a exhibir como adaptación a la nueva situación en que se encuentra. Desde un punto de vista sociológico, podríamos hablar de la socialización para el desempleo, de cómo uno pasa a aceptar el rol-identidad de parado. En este sentido, ya en 1938 Eeisenberg y Lazarsfeld pudieron comprobar una cierta coincidencia en los estudios sobre el tema, al subrayar tres momentos diferenciados en el proceso: "En primer lugar, se produce un "shock", seguido de una búsqueda activa de trabajo, durante la cual la persona todavía se mantiene optimista y no se resigna; aún mantiene una actitud de cierta firmeza. En segundo lugar, cuando sus esfuerzos fracasan le invaden el pesimismo y la ansiedad, y experimenta un evidente malestar; éste es el estado más importante. Y, en tercer lugar, la persona adopta una actitud fatalista y se adapta a su nueva situación, pero con un horizonte más limitado. Ahora su firme actitud anterior se quiebra" (18).

(17) Hartley, J. F.: "Psychological approaches to unemployment". *Bulletin of the British Psychological Society*. 1980, vol. 33, págs. 412-414; y "The Impact of Unemployment upon the self-esteem of managers" *Journal of Occupational Psychology*. 1980, vol. 53, págs. 147-155.

(18) Eeisenberg, P. y Lazarsfeld, P. F.: "The Psychological Effects of Unemployment" *Psychological Bulletin*. 1938, vol. XXXV, pág. 378.

Más recientemente, otros autores, basándose en datos actuales, han señalado procesos cuya secuencia responde en gran medida, a la que acabamos de describir. Así, Harrison (19) especifica los siguientes:

Shock → Optimismo → Pesimismo → Fatalismo

Por su parte, Hill (20) distingue una *fase inicial* caracterizada por *el trauma y la negación* de la realidad; una *fase intermedia*, en la que se produce *la depresión y aceptación de la realidad*, y una última fase de *adaptación a la realidad de parado*.

Es claro que estas secuencias se refieren a situaciones prolongadas de paro, y que no pueden interpretarse mecánicamente en cada caso concreto. Expresan pautas muy genéricas, —típico— idelaes podríamos decir, de las que cada caso concreto tenderá a desviarse en alguna medida. Pero no cabe duda de que tienen cierto valor heurístico. El contenido psicológico de la fase última coincide plenamente en la literatura sobre la psico-sociología de la pobreza, de la marginación y de la dependencia (21).

El cuadro genérico que acabamos de esbozar sobre la experiencia concreta del desempleo, puede y debe enriquecerse con análisis más detallados de grupos o categorías sociales específicas. Algunas variables moduladoras de la experiencia del desempleo emergen en seguida, tales como la edad, el sexo, las responsabilidades familiares (dependientes, o sin niños que dependan de él), ocupación, grado de implicación e identificación en el propio trabajo, duración, trayectoria laboral previa, tasa de desempleo en la zona y en el sector, apoyos afectivos y económicos, apoyos institucionales, etc., etc. Algunas de estas dimensiones están siendo estudiadas con detalle en el Departamento de Psicología Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense.

(19) Harrison, R.: "The Demoralizing Experience of Prolonged Unemployment" Dept. of Employment Gazette, Abril, 1976, págs. 339-48.

(20) Hill, J. H. M.: *The Social Psychological Impact of Unemployment*. The Tavistock Institute of Social Relations, Londres, 1977, págs. 21-28.

(21) Montero, M.: "Dependencia y Psicología Social: un modelo teórico para su estudio". Trabajo presentado en el *II Encuentro de Psicología Social Hispano-americana*, Madrid, 2-5 septiembre, 1981.

Pero independientemente de todas las matizaciones que se puedan hacer en la variabilidad de la experiencia del paro, hay un núcleo que permanece constante: se trata de una experiencia negativa, con frecuencia traumatizante, que disminuye no sólo el bienestar económico o material, de las personas y familias que lo experimentan, sino también su bienestar psicológico, su salud física y mental.

Si, sólo indicativamente, dejamos el nivel de análisis psico-sociológico, y nos situamos en una perspectiva estructural, comprobamos que el desempleo, además de suponer un factor autónomo de desigualdad, tiende a reforzar los factores fundamentales de la misma, es decir, la clase social, el sexo, la edad, etc. Una de sus funciones estructurales básicas es, por tanto, el mantenimiento de la desigualdad *entre* clases y estratos sociales, fragmentándolos internamente, escindiéndolos entre los que tienen y no tienen trabajo. Con ello tiende a quebrarse la solidaridad interna de las clases más afectadas y, también, su movilización y conciencia políticas.

En esa dirección, el papel de la constelación de experiencias psicológicas derivadas del desempleo a que tan rápidamente me he referido, resulta una mediación fundamental. Y lo es porque la producción de una subjetividad insegura, inquieta, temerosa... herida, constituye, tanto en el plano individual como colectivo, uno de los modos no sólo de mantener la dominación y la desigualdad sino incluso de legitimarla. La desigualdad socioeconómica induce una diferenciación ideológico-cultural en la que entran como ingredientes importantes los modelos de identidad que en el orden psicológico-moral la hacen plausible. Cuando esos modelos son interiorizados y aceptados por quienes sufren la desigualdad, la explotación objetiva se hace subjetiva. Las diferencias psicológicas, socialmente construidas, entran a formar parte del discurso legitimador de la desigualdad socio-económica misma. De ahí que la lucha de clases no sea sólo una confrontación económico-política sino también moral y psicológica. Y es en esa confrontación en la que las consecuencias psicosociales del desempleo cobran sentido.

Ocurre, no obstante, como decíamos antes, que el desempleo se ha extendido a otros sectores y grupos sociales sobre todo entre la juventud (22). Es en este contexto en el que el

paro generalizado puede estar sirviendo de base para la emergencia de distintas pautas y valores culturales. Cuando los jóvenes no encuentran la posibilidad de construir su identidad personal a través de su inserción en un puesto de trabajo, es esperable que exploren otras vías ya existentes, menos acordes con las orientaciones convencionales, y que, incluso, diseñen nuevos modelos para su identidad. O que también, en algunos sectores, hoy por hoy poco significativos, intenten recuperar modelos autoritarios que en el pasado señalaron el principio del fascismo. Pero estas últimas consideraciones requerirían un análisis más detenido que aquí no nos es posible hacer.

En cualquier caso, creo que esa constelación de experiencia, ese estado de ánimo que he procurado describir en el nivel de las representaciones colectivas-aunque con datos agregados— y en el de la experiencia personal concreta, ha impregnado tan ampliamente la vida cotidiana de los españoles, que considero pertinente hablar de la cultura del desempleo.

6. VALORES RELATIVOS

6.4. Tasas de paro por sexo y grupos de edad

TRIMESTRES	CONCEPTOS	Total	GRUPOS DE EDAD (años)			
			De 16 a 19	De 20 a 24	De 25 a 54	De 55 y más
TERCERO DE 1980						
	TOTAL	11,64	35,79	24,75	7,22	4,38
	Varones	10,95	23,34	24,52	7,66	5,36
	Mujeres	13,34	39,30	25,06	5,89	1,42
CUARTO DE 1980						
	TOTAL	12,60	38,78	26,74	7,84	4,73
	Varones	11,89	36,91	26,38	8,34	5,60
	Mujeres	14,34	41,45	27,20	6,37	2,13
PRIMERO DE 1981						
	TOTAL	13,55	40,60	28,27	8,59	5,25
	Varones	12,97	39,81	27,88	9,20	6,37
	Mujeres	14,97	41,91	28,78	6,75	1,93
SEGUNDO DE 1981						
	TOTAL	13,93	42,08	28,32	8,96	5,74
	Varones	13,34	40,55	28,28	9,61	6,95
	Mujeres	15,40	44,17	28,39	6,99	1,97
TERCERO DE 1981						
	TOTAL	14,57	44,02	30,19	9,07	5,53
	Varones	13,77	41,91	30,28	9,59	6,73
	Mujeres	16,54	46,94	30,07	7,50	1,74
CUARTO DE 1981						
	TOTAL	15,39	45,98	31,38	9,74	5,95
	Varones	14,30	44,23	30,57	10,04	7,01
	Mujeres	18,06	48,41	32,43	8,87	2,56

6. VALORES RELATIVOS

6.4. Tasas de paro por sexo y grupos de edad

<div>CONCEPTOS</div>		GRUPOS DE EDAD (años)			
TRIMESTRES	Total	De 16	De 20	De 25	De 55
		a 19	a 24	a 54	y más
PRIMERO DE 1982					
TOTAL	15,92	45,90	32,58	10,41	6,2
Varones	15,04	45,15	33,40	10,56	7,4
Mujeres	18,08	46,93	31,49	9,95	2,2
SEGUNDO DE 1982					
TOTAL	15,76	46,95	32,63	10,07	6,3
Varones	14,74	46,19	32,79	10,15	7,7
Mujeres	18,24	47,98	32,41	9,84	2,3
TERCERO DE 1982					
TOTAL	16,40	48,50	33,89	10,52	6,2
Varones	15,16	47,14	33,32	10,58	7,4
Mujeres	19,36	50,32	34,63	10,36	2,5
CUARTO DE 1982					
TOTAL	17,66	50,21	34,99	10,91	6,8
Varones	15,64	48,36	33,82	10,86	6,1
Mujeres	20,35	52,63	36,48	11,04	2,8

4. RESULTADOS TRIMESTRALES

(Miles de personas)

CONCEPTOS	AÑO 1981		AÑO 1982				AÑO 1983
	Tercer trimestre	Cuarto trimestre	Primer trimestre	Segundo trimestre	Tercer trimestre	Cuarto trimestre	Primer trimestre
ACTIVOS							
Total	12.886,8	12.918,9	12.956,2	12.932,4	13.009,4	13.101,1	13.064,9
Varones	9.164,6	9.170,3	9.199,7	9.154,5	9.160,0	9.163,1	9.134,6
Mujeres	3.722,2	3.748,7	3.756,5	3.777,9	3.849,5	3.938,0	3.930,3
OCUPADOS EN SENTIDO ESTRICTO							
Total	10.939,1	10.848,0	10.820,0	10.834,0	10.803,8	10.777,7	10.670,1
Sexo:							
Varones	7.874,7	7.833,9	7.791,1	7.783,9	7.746,0	7.702,0	7.621,1
Mujeres	3.064,4	3.014,1	3.028,9	3.050,1	3.057,8	3.075,7	3.049,0
Edad:							
de 16 a 19 años	662,6	629,4	620,0	600,4	580,1	564,1	524,7
de 20 a 24 años	1.193,8	1.190,9	1.170,2	1.160,2	1.171,1	1.163,4	1.126,9
de 25 a 54 años	7.102,2	7.097,0	7.108,1	7.167,4	7.135,7	7.145,4	7.148,8
de 55 años y más	1.980,4	1.930,7	1.921,7	1.906,0	1.916,8	1.904,8	1.869,6
Sectores:							
Agricultura	1.973,6	1.947,0	1.929,2	1.896,8	1.936,2	1.949,1	1.957,0
Industria	2.930,9	2.875,3	2.833,0	2.824,5	2.751,1	2.748,4	2.723,6
Construcción	947,8	945,7	922,9	943,4	933,9	909,8	872,9
Servicios	5.086,8	5.079,9	5.135,0	5.169,3	5.182,5	5.170,5	5.116,7
ACTIVOS MARGINALES	69,8	82,7	73,6	59,8	71,7	88,6	75,0
PARADOS							
Total	1.877,8	1.988,2	2.062,6	2.038,5	2.134,0	2.234,8	2.319,8
Sexo:							
Varones	1.262,0	1.311,1	1.383,4	1.349,3	1.388,7	1.433,6	1.489,9
Mujeres	615,8	677,2	679,2	689,2	745,3	801,2	829,9
Edad:							
de 16 a 19 años	529,1	545,8	534,6	536,9	556,0	579,6	579,5
de 20 a 24 años	520,4	548,1	569,9	564,4	606,2	633,1	652,7
de 25 a 54 años	711,4	770,8	829,9	805,8	842,9	880,2	948,3
de 55 años y más	116,9	123,5	128,1	131,4	128,9	141,9	139,4
Sectores:							
Agricultura	112,5	112,5	122,0	107,1	104,5	112,8	119,8
Industria	325,2	366,8	379,2	389,9	409,4	411,1	432,0
Construcción	367,3	352,1	382,5	355,2	354,5	363,7	376,2
Servicios	363,5	407,3	431,7	417,7	431,1	461,1	487,6
No clasificables (1)	709,3	749,6	747,1	768,7	834,5	886,0	904,1
INACTIVOS							
Total	13.484,5	13.520,2	13.595,3	13.675,4	13.659,5	13.678,2	13.773,2
Varones	3.308,9	3.340,4	3.365,0	3.417,5	3.464,1	3.470,7	3.533,7
Mujeres	10.175,6	10.179,8	10.280,3	10.257,9	10.195,4	10.207,5	10.239,5

(1) Incluye, entre otros, a los parados que buscan primera colocación y que por lo tanto no son clasificables por sectores económicos.

1. POBLACION SEGUN SU RELACION CON LA ACTIVIDAD ECONOMICA

a. Clasificación por edades (Miles de personas)

Rubricas	Total	De 16 a 17 años	De 20 a 24 años	De 25 a 54 años	De 55 años y más
Activos	13.056,3	1.134,4	1.816,8	8.105,7	1.999,4
Ocupados. . . .	10.744,6	526,7	1.173,3	7.174,0	1.870,7
Parados	2.311,7	607,7	643,5	931,7	128,7

b. Clasificación por sectores económicos (Miles de personas)

Rúbricas	Agricul- tura	Indus- tria	Construc- ción	Servi- cios	No clasi- ficable
Activos	2.130,1	3.124,7	1.249,7	5.619,6	932,5
Ocupados. . . .	2.000,6	2.707,1	894,1	5.143,1	—
Parados	129,5	417,6	355,6	476,5	932,5

2. TASA DE PARO 17,71

(*) Resultados obtenidos de la explotación de una submuestra constituida por cuatro semanas. Para conseguir los resultados mensuales se utilizan las poblaciones calculadas en mitad de cada mes; la obtención de los datos definitivos de cada trimestre se realiza con la población calculada en el centro del trimestre, por tanto estos resultados no se corresponden con la media aritmética de los tres meses.